

— Pues ¿á qué conducía falsedad tan miserable?

— Padre, diríganse á mi como á un Bravo, á un asesino : y mis relatos bajo mas de un punto de vista eran de la mayor utilidad para los designios del Senado. He salvado la vida de muchos ciudadanos, y esto me sirve de gran consuelo en mi error, si este no es acaso un delito.

— Comprendo , Jacobo. He oido decir que Venecia suele valerse de ciertos hombres valerosos y arrojados..... ¡O bienaventurado san Marcos ! ¿ Es posible que tu nombre haya de servir de sancion á tales imposturas ?

— Sí, buen religioso, y aun á otras mucho mayores. Tenia que desempeñar además otros cargos íntimamente ligados con los intereses de la República, y acostumbré-

me naturalmente á su cumplimiento. Admirábanse los ciudadanos de ver libre á un hombre como yo; y las personas vengativas consideraban esta circunstancia como una prueba de mi destreza. Cuando la indignacion pública gritaba sobrado contra mí, cuidaban los Tres de dar distinto giro á las ideas para salvar las apariencias ; pero si se calmaba mas de lo que convenia á sus proyectos, no dejaban de reanimarlas. En fin, por espacio de tres largos y penosos años he arrastrado la vida de un réprobo, sin haberme sostenido otra esperanza que la de salvar á mi padre, unida al cariño de esta inocente criatura.

— ¡Pobre Jacobo ! ¡ Cuán digno eres de lástima ! Nunca te olvidaré en mis oraciones.

— ¿ Y tú, Gelsomina ?...



La hija del conserge guardó silencio : escuchara con sobrada atencion cada palabra pronunciada por su amante ; y entonces , cuando la verdad empezaba á manifestarse con todo su brillo , los ojos de la doncella despedian un fuego que juzgaron sobrenatural los que la miraban.

— Gelsomina, continuó Jacobo, si no he logrado convencerte de que en efecto no soy un malvado , cual todos me suponian, quisiera haber estado mudo.

La tierna doncella le presentó la mano, é inclinando la cabeza sobre el pecho prorumpió en copioso llanto.

— Veo las tentaciones á que te has visto expuesto, mi pobre Carlos, le dijo con dulzura ; sé muy bien cuanto era el amor que profesabas á tu padre.

— ¿ Me perdonas haber engañado tu ingenuidad é inocencia ?

— Nunca me has engañado , Carlos. Siempre te miré como un hijo respetuoso, pronto á sacrificarse por su padre, y te encuentro cual te creia.

El venerable carmelita presenciaba esta escena, corriendo por sus austeras megillas abundantes lágrimas.

— El afecto que os profesais, hijos míos, les dijo, es tan puro como el de los ángeles. ¿ Hace mucho que os conocéis ?

— Tres años.

— Y tú, hija mia, ¿ acompañabas siempre á Jacobo al calabozo de su padre ?



— Yo era la que continuamente le guiaba en sus piadosas visitas.

El religioso estuvo reflexionando profundamente por unos instantes; y despues de oir la confesion que Jacobo hizo en voz baja, absolvióle con un fervor que descubria cuan viva era la compasion que le inspiraban aquellos virtuosos amantes. Concluido el acto tomó á Gelsomina por la mano, manifestando en su rostro una dulce confianza al despedirse de Jacobo.

— Te dejamos, le dijo; pero renazca la confianza en tu pecho. No puedo creer que el Estado de Venecia se muestre sordo á una historia como la tuya. Pon tu confianza en Dios, y cree que haremos el último esfuerzo para salvarte.

Jacobo escuchó esta promesa como hombre acostumbrado á vivir entre los mayo-

res riesgos. La sonrisa con que acompañó su despedida anunciaba la incredulidad y la melancolía, aunque gozaba por otra parte del puro placer de un corazón reconciliado consigo mismo.